

INSTRUMENTOS CONCEPTUALES PARA LA ELABORACION DE UNA
TEORIA DEMOGRAFICA BASADA EN EL MATERIALISMO HISTORICO (*)

Antonio T. REGUERA RODRIGUEZ

I.- INTRODUCCION

Cada vez son menos los investigadores o científicos que son capaces de sostener la neutralidad, asepsia o pureza de la ciencia. Pero a pesar de la disminución de su número, se puede observar con relativa frecuencia actitudes de especialistas de algunas de las disciplinas de las "ciencias sociales" que abjuran de toda relación, aun superficial, entre la política -pongamos por caso- y su propia dedicación profesional. Cómo si toda actividad intelectual que infiere resultados sobre condiciones sociales no fuera una actividad política!. Otros rehusan con una sistemática calculada entrar en problemas de interpretación, por miedo quizás a contaminar -políticamente- la pureza del dato, el acontecimiento o en general la observación empírica. La negativa puede ser peligrosa cualquiera que sea la disciplina de la que se trate, pero lo es más si cabe en el caso de la historia, por carecer ésta de objeto real existente y operar sobre representaciones del pasado cuya producción fue mediatizada por condicionamientos ligados a la base material y a la estructura social y de poder.

Evidentemente la ciencia no es neutral. El proceso de producción científica, como cualquier otro proceso productivo, está sometido a determinaciones, matizaciones e influencias socio-históricas. Y es más, nos podemos preguntar si el propio status de la ciencia, presentada como una actividad "no-productiva", no forma parte de una operación ideológica que divide el trabajo manual productivo y el trabajo intelectual realizado por especialistas de la ciencia.

Castells no vacila en hablar de "campo de dominante ideológica" al referirse a la coyuntura presente de las "ciencias sociales", y en especial, a la sociología. El efecto social -dice- no sería el de producir conocimientos, sino "desconocimientos" legitimados como ciencia a fin de organizar la racionalización de una situación social dada -el orden establecido- y desorganizar su comprensión, posible camino hacia una toma de conciencia y, por tanto, hacia una movilización política (CASTELLS,

1973, pp. 6 y 10). Un ejemplo: ¿sería posible, quizás, que al acuñar el concepto "clase media", y su práctica analítica concomitante, no se trata sino de "desconocer" la uniformización de una masa creciente de población en cuanto a la posición ocupada en la producción -la de asalariados-?

.....

Para nosotros el interés inmediato se centra en el campo de la demografía, y alertados por el precedente nos tenemos que preguntar si no estamos ante un campo de análisis enteramente determinado por su inserción social, careciendo de sentido alguno que no sea el de su utilidad para una u otra posición de clase. En el caso del malthusianismo, cuyo reflejo consiste en "denunciar el exceso y en restablecer el equilibrio por reducción" (SAUVY, 1968, p. 55), previo convencimiento de que la miseria obrera proviene de la superpoblación, la cuestión no parece ofrecer dudas. Igualmente, con el lema "gobernar es poblar", se acepta que el poder político de una comunidad se acrecienta con el número de individuos "útiles", lo que puede ser cierto en el caso de "sociedades preindustriales". Por esta razón, aunque no exclusivamente, se ha hablado del "fundamento ideológico de la actitud poblacionista" (MARTIN RODRIGUEZ, 1984, pp. 73 y ss.).

Más en detalle, cuando Sauvy relaciona causalmente la "atonía reproductora" de la población francesa con el retraso en la industrialización y la falta de juventud armada capaz de frenar las reiteradas acometidas germanas se está instrumentalizando la población desde posiciones de clase. Lo mismo que cuando Clark califica la superpoblación de mito porque mantiene la tesis de que el crecimiento de la población es el motor que puede hacer más rico y más libre el mundo futuro (CLARK, s.f.), o cuando Durkheim sostiene que la división del trabajo y su profundización se debe a la presión de la población sobre los medios de subsistencia (HEER, 1973, p. 22). En fin, con planteamientos abstractos que hablan del "problema de la población", y que sugieren que el problema lo es solamente en términos cuantitativos -"somos muchos"-, se trata ideológicamente de justificar y legitimar unas relaciones de producción que sancionan el status de dominación entre propietarios de medios de producción por una parte y fuerza de trabajo "libre" por otra, unos intercambios desiguales, la profundización en la división internacional del trabajo y no sólo por motivos técnicos, unas relaciones políticas distorsionadas entre Estados imperialistas y Estados "aparentes",...

Esto por lo que se refiere a concepciones globales y su dominante ideológica, pero ¿qué ocurre en el campo de la observación y la experimentación?. Al carecer, no ya sólo de unos fundamentos teóricos medianamente estructurados, sino, inclusive, de las más rudimentarias herramientas conceptuales capaces de determinar un plan organizado de investigación, la demografía no ha dejado de ser una simple técnica de análisis al servicio del Estado, de las compañías de seguros, de las grandes entidades comerciales, etc.

Si consultamos parte de la literatura demográfica que durante los últimos años más se ha prodigado, no sin la pretensión de ejercer una influencia modélica, se comprueba lo que acabamos de decir. Así, la demografía sería -para Sauvy- una técnica de análisis que ofrece posibilidades de detección de problemas políticos, económicos, etc. (PRESSAT, 1983, Prólogo); o una ciencia estadística que buscaría regularidades de comportamiento en un "objeto de estudio que se presta bien a ser contabilizado" (IBID, p.16). Su objeto, dice Henry, sería hacer un estudio estadístico de aspectos estructurales -sexo y edad- y dinámicos -movimiento vegetativo y saldos migratorios- de las poblaciones humanas (HENRY, 1976, pp. 7-8), precisiones que en nada difieren de las que hace Guillard al definir la demografía como "el estudio de las poblaciones consideradas desde el punto de vista numérico: sus movimientos generales, su estado físico, civil, intelectual y moral (MOUCHEZ, 1966, p. 13). Para Clark y Petersen el objetivo esencial sería los análisis de proceso, entendidos únicamente como movimientos o funcionamiento de la población en diferentes unidades de tiempo (CLARK, s.f., p. 131, PETERSEN, 1968, pp. 20-21).

En resumen, la demografía es presentada como una instrumentación analítica, y como dice Petersen de forma tan cuestionablemente aséptica, al servicio de quienes se interesan por el proceso social y para una mejor comprensión del mundo en que vivimos (IBID, pp. 19-20). Resulta difícil pensar en una práctica científica tan desinteresada, máxime si tenemos presente que el cuerpo de información básica -los productos de las instituciones estadísticas- dependen del aparato ideológico del Estado, o lo que es lo mismo, está estructurado en función de intereses de clase que sistemáticamente dominan la apariencia formal de intereses plurales.

En la medida en que se ha comenzado a cuestionar desde fechas recientes el dominio ejercido por los planteamientos positivistas, que por principio no superan el "cómo suceden las cosas" basándose en la observación y experimentación y en la fiabilidad del dato -veracidad de

la información-, podemos contar actualmente con algunos trabajos en los que se manifiesta o se sugiere la necesidad de abrir una "vía de conceptualización" en la demografía. Así Leguina, convencido de que hay que llegar a una "demografía verdaderamente explicativa" y no seguir soportando las "tormentas de datos y desierto de ideas" por los que se ha definido la disciplina, ha venido insistiendo (1973, 1975, 1981) en la elaboración de un conjunto de referencias conceptuales con apoyo en la relación de dependencia entre fuerza de trabajo y capital que se establece en el capítulo XXIII de El Capital. Autores como Behar (1974, 1976), Terrail (1975) y Manhem (1979) señalan desde una concepción materialista como la problemática demográfica se encuentra asociada a la consideración de la población como fuerza de trabajo, y, por tanto, a las formas de organización de su reproducción, a la superpoblación relativa y a los comportamientos regulares que es posible advertir en función de unas condiciones materiales de producción históricamente determinadas.

Podemos concluir que la demografía se presenta como un "campo de dominante ideológica" en el que ha primado la "vía empírica" sin relación con un conjunto conceptual que hubiera posibilitado en sucesivas investigaciones, y mediante un proceso dialéctico de ensayo-error, ir conformando una teoría demográfica.

No se pretende a continuación establecer un sistema general de interpretación con capacidad de explicar las diferentes situaciones demográficas. Se trata de un trabajo de tanteo, de un conjunto de proposiciones revisables y siempre susceptibles de elaboraciones más pulidas. Provisionalmente se avanzan ciertos elementos conceptuales utilizando producciones ya existentes, pero tomando como hilo conductor los presupuestos básicos del materialismo histórico, en cuanto teoría científica capaz de explicar el desarrollo social, a la vez que los procesos demográficos.

II.- LOS FACTORES DETERMINANTES DEL DESARROLLO SOCIAL

En el contexto ya sugerido, las condiciones materiales son lo primario, lo determinante; tienen un valor preceptivo y, por tanto, a ellas nos vamos a remitir.

Superada la fase de antropogénesis, o cuando el hombre se sobrepone a su primitivo estado animal, la relación hombre-naturaleza está determinada por el imperativo del hombre de procurarse bienes materiales para la satisfacción de sus necesidades. Bienes materiales que es necesario producir, y al hacerlo, se está produciendo la propia vida material, el desarrollo de la sociedad, en

definitiva. "El conjunto de circunstancias relacionadas con la producción -dice Korsch- constituye la estructura económica de la sociedad, base real sobre la cual se elabora una superestructura jurídica y política, y a las que corresponden ciertas modalidades de conciencia social" (KORSCH, 1975, p. 26).

En el proceso de producción de los bienes materiales se crean y se ponen en funcionamiento las fuerzas productivas, que incluyen tanto los instrumentos o medios de producción como la fuerza de trabajo humana. Los primeros constituyen las "condiciones geográficas", -tienen una especificación espacial-, que al ser favorables o desfavorables pueden acelerar o entorpecer los procesos productivos. Pero en cualquier caso, el medio geográfico no es un factor determinante del desarrollo social como creían Ritter y Ratzel, dos de los más encumbrados defensores de esta línea de pensamiento geográfico decimonónico (CAPEL, 1981, pp. 57 y ss. y GOMEZ MENDOZA ET AL., 1982, pp. 38-42 y 168-178). "Permanece invariable -dice Konstantinov- durante miles y miles de años, luego no puede explicar los cambios sociales radicales que se producen a escala de tiempo inferior" (KONSTANTINOV, 1978, p. 39). No obstante, tan rechazable como el determinismo a ultranza es el llamado materialismo geográfico, concebido por L. Wottman como un aspecto específico del materialismo histórico y conceptualizado como la "independencia de la historia de la cultura humana de la configuración de la superficie terrestre y del medio físico de la sociedad" (KORSCH, 1975, p. 33); algo que contradice la relación de dependencia que Marx establece entre la productividad del trabajo y las condiciones naturales: "cuanto más reducidas sean las necesidades materiales de indispensable satisfacción y mayores la fecundidad natural del suelo y la bondad del clima -dice-, menor será el tiempo de trabajo necesario para la conservación y reproducción del productor...". Condiciones naturales diferenciales se relacionan con cantidades de trabajo, tiempo de trabajo excedente y, en definitiva, con el desenvolvimiento integral de las facultades humanas (MARX, 1979, T.I, pp. 428 y ss.).

El otro elemento necesario de las condiciones de vida material de la sociedad, y que se incluye dentro de las fuerzas productivas, es el propio hombre, cuantitativa y cualitativamente considerado, los habitantes, el conjunto de la población. Ahora bien, dado que la relación hombre-naturaleza es una relación productiva, o de trabajo, la cantidad humana aplicada al proceso es concebida como fuerza de trabajo, concepto acuñado por Marx al precisar que lo que se vende en un proceso productivo dentro de un modo de producción capitalista no es el trabajo en sí, sino la fuerza o capacidad de trabajo que existe en la

personalidad del trabajador, en contra de lo que sostenía la teoría clásica (ROSIER, 1978, pp. 139-140 y MANDEL, 1979, p. 48).

Marx entiende por fuerza de trabajo el "conjunto de las condiciones físicas y espirituales que se dan en la corporeidad, en la personalidad viviente de un hombre y que éste pone en acción al producir valores de uso de cualquier clase" (MARX, 1979, T.I, p. 121). Sobre esta base Leguina simplifica la definición al entender por fuerza de trabajo la "capacidad virtual humana para el gasto de energía física o mental en cualquier tipo de trabajo" (LEGUINA, 1975, p. 90). Como se deduce de la concreción conceptual, toda la población sería fuerza de trabajo y no sólo "los que están en la fábrica o directamente conectados con la producción económica", como señalan Fourquet y Murard al distribuir las masas de población en un sistema cerrado de disyunciones limitativas: sector productivo/sector no-productivo (FOURQUET y MURARD. 1978, pp. 76-77). Sólo así tendría sentido plantearse el estudio de la estructura y reproducción de la fuerza de trabajo como el objeto de la demografía, tal como propone Leguina (1976, p. 7).

Pero, ¿cuál es el determinante del desarrollo social, que particularmente también lo será de los procesos de producción de la fuerza de trabajo? Para ello hay que tener en cuenta que cualquier proceso productivo está determinado socialmente, o lo que es lo mismo, la producción de bienes materiales es siempre una producción social. Existe una relación entre los hombres que participan en un proceso de trabajo y la misma naturaleza, y existen, también, relaciones entre los mismos hombres. Fundamentalmente, en el caso de éstas últimas, se trata de relaciones sociales explicitadas en la división social del trabajo y en la necesidad, por tanto, de vincular o relacionar procesos productivos diferentes. Unas y otras forman las llamadas relaciones de producción, desglosadas en determinantes y determinadas según se trate, respectivamente, de relaciones entre agentes de la producción, o de relaciones entre los agentes productivos y los medios de producción. No está claro en cuál de las dos hay que incluir las relaciones de propiedad, dice Leguina (1975, p. 118), aunque Konstantinov considera que son el determinante de todas las demás relaciones (KONSTANTINOV, 1978, pp. 52 y ss.), y así parece corroborarlo el siguiente texto de Marx: "la relación directa existente entre los propietarios de las condiciones de producción y los productores directos... es la que nos revela el secreto más recóndito, la base oculta de toda la construcción social..." (MARX, 1979, T.I, p. 733).

Lo más relevante en este caso es que las fuerzas pro-

ductivas -medios de producción y fuerza de trabajo- y las relaciones de producción -específicamente aquellas que definen la forma de apropiación del trabajo excedente- definen lo que es el modo de producción: "una combinación articulada de relaciones de producción y de fuerzas productivas cuya estructuración se produce bajo el predominio de las primeras" (HINDESS y HIRST, 1979, p. 13), o en el que el nivel económico es determinante en última instancia: "el factor determinante en última instancia en la historia -dice Engels- es la producción y la reproducción de la vida inmediata" (ENGELS, 1981, p. 12). Aunque el mismo autor indica que "cuanto menos desarrollado está el trabajo... más subordinado se halla el orden social a los vínculos de la consanguinidad" (IBID, p. 13), lo que ha llevado a varios antropólogos marxistas a considerar que el "modo de producción en algunas sociedades primitivas o de autosubsistencia determina una cierta articulación de la estructura social en la que las relaciones de parentesco determinan hasta las formas de transformación de la base económica" (ALTHUSSER y BALIBAR, 1974, p. 245 y nota 31).

No obstante esta matización, aceptamos que el modo de producción determina la estructura social, la existencia o no de clases sociales y la naturaleza de los niveles político-jurídico e ideológico dominantes. A cada modo de producción corresponde una concreta formación social, concepto empírico que designa una compleja estructura de relaciones sociales..., en la cual el papel de la economía es determinante (HINDESS y HIRST, 1979, p. 17), o una totalidad social concreta históricamente determinada (HARNECKER, 1982, p. 146).

Si el modo cómo se produce determina los procesos de producción material en cada una de las formaciones sociales, la producción-reproducción de la fuerza de trabajo, en cuanto parte del proceso general, se encontrará afectada por la misma determinación. Parece pues concluyente que a cada modo de producción y formación social les corresponden unos comportamientos, unas regularidades objetivas o, incluso, unas leyes demográficas específicas. Leyes que van, en el tiempo histórico, desde la ley biológica... hasta la llamada ley económica de la población en el socialismo, definida como la "ley del empleo completo y aprovechamiento racional de la población apta para el trabajo en la producción social" (AA. VV., 1978, p. 22).

III.- MODOS DE PRODUCCION Y COMPORTAMIENTO DEMOGRAFICO

Lo dicho anteriormente supone considerar la población como un fenómeno social subordinado a las leyes del

desarrollo de la sociedad, como se puede deducir de planteamientos ligados al materialismo histórico (AA. VV., 1978 y KONSTANTINOV, 1978); pero cuando se habla de regularidades objetivas o de leyes, hay que aclarar que en modo alguno se supone similitud con el automatismo observable en una ley física. En la mayoría de los casos, dada la naturaleza de los fenómenos observados, sería imposible lograr un acotamiento estricto entre procesos demográficos y modos de producción correspondientes. Habría que hablar más bien de tendencias observables en cada modo de producción, lo que no excluye el solapamiento ni las secuencias cronológicas empíricamente indeterminadas, especialmente en las fases de transición o de pasaje de un modo de producción a otro.

De comportamiento tendencial y de regularidad objetiva teremos que calificar los mecanismos ligados a la producción del esclavo como fuerza de trabajo a superexplotar en un modo de producción esclavista. Dado que una reproducción "interna", por medio del matrimonio, ocasionaría gastos no compensatorios, se organizan diferentes métodos de apropiación para lograr el reemplazo. El fundamental sería la guerra, planteada como la gran tarea colectiva, con la apoyatura de una organización política que gira en torno a este objetivo (ALVAREZ MORA, 1975, p. 73 y SANCHEZ, 1981, pp. 184-185). Cuando se inician los procesos de manumisión y concesión de ciudadanía en masa se están iniciando nuevas relaciones de producción.

En el caso del modo de producción feudal la especificación de comportamientos demográficos, cuya regularidad sea manifiesta, también es posible gracias a las reiteradas observaciones que se vienen haciendo sobre la relación existente entre población y sistemas sociales y económicos preindustriales.

En un modo de producción feudal puede haber trabajo cooperativo, prestación de trabajo en la reserva del señor, e incluso -como más adelante se verá- trabajo asalariado; pero la forma predominante de las fuerzas productivas viene determinada por el trabajo del cultivador parcelario individual (DOBB, 1982, pp. 471 y ss. y HINDESS y HIRST, 1979, p. 258). Huelga, pues, que las condiciones en las que se lleve a cabo la producción parcelaria van a calificar esencialmente el proceso de reproducción de la fuerza de trabajo campesina.

Se han propuesto dos modelos de feudalización matizados en lo referente al papel que juega la pequeña producción familiar, pero dando por sentado ambos que ésta es tributaria de la explotación señorial y que la reproducción demográfica y económica se realiza en el seno de las células familiares. G. Bois presenta la pequeña

producción familiar como "hegemónica", e incluso llega a decir que los campesinos controlan el proceso de producción, observándose un comportamiento tendencial a la baja de la tasa de la renta impuesta por los señores a la célula familiar, lo que permitiría una dinámica demográfica expansiva (BOIS, 1976). Contrastaciones de este tipo han podido ser documentadas para zonas concretas -Normandía Oriental-, pero las anotaciones críticas que sobre el particular se han hecho (PASTOR, 1979, pp. 7-23) y las precisiones -respetadas por su rigurosidad- sobre las esencialidades del modo de producción feudal con las que podemos contar (HINDESS y HIRST, 1979) autorizan a pensar en unas relaciones de producción mucho más asimétricas que lo que sugiere el "modelo blando" de Bois. Es decir, hay que tener en cuenta que feudalización significa confiscación de los medios de producción más relevantes a las comunidades aldeanas, exigencias de prestación de trabajo en las propiedades del señor y un sinnúmero de controles practicados directamente o en forma diferida, a parte, claro está, de las exacciones directas en concepto de renta.

Aunque no resulta nada fácil hacer un planteamiento global, los comportamientos demográficos dependientes de estas relaciones de producción estarían orientadas a "exasperar el ansia de tierra", a lo que hay que añadir las matizaciones que hacen Hindess y Hirst: "las relaciones de producción feudales no excluyen la carencia de tierra y el trabajo asalariado. No sólo no los excluyen, sino que, a fin de obtener el trabajo necesario suplementario, refuerzan dichas relaciones. Para el propietario desempeñan la función del ejército de reserva industrial, exasperan el ansia de tierra y vigorizan el derecho de exclusión" (1979, p.249).

En definitiva, en el modo de producción feudal los procesos de reproducción de la fuerza de trabajo -especialmente pequeños productores- está determinado por las relaciones de producción, explicitadas en confiscaciones, exacciones, coacción, etc.; pero también, como acertadamente señala R. Pastor, por el crecimiento demográfico de la propia clase señorial, en la medida en que esta dinámica de crecimiento presiona al alza sobre las pautas de explotación y las exacciones practicadas (1979, p. 22).

Sin duda alguna, el grado en el que el modo de producción capitalista determina el carácter específico de los procesos demográficos nos es más conocido debido a las derivaciones que sobre el tema aparecen en los escritos de Marx, principalmente en El Capital y más concretamente en el Capítulo XXIII del Tomo I. Basándose en ellos se ha podido hablar, desde posturas ortodoxas, de una ley capi-

talista de la población y de una teoría marxista de la población (SMULEVICH, 1971, p. 23 y AA. VV., 1978, p. 33). Sin embargo, para Leguina, que ha estudiado el tema con cierto detenimiento, "no existe en rigor una ley de población en Marx, y ello se debe fundamentalmente a que tales preocupaciones no están directamente en el plan de ninguna de sus obras, ni por supuesto en el plan de El Capital..., aunque sí existen bases conceptuales que permiten pensar el problema de la población y elaborar eventualmente una teoría demográfica (LEGUINA, 1975, pp. 85 y 88).

Es sabido que la parte principal de la obra de Marx está dedicada al desmantelamiento de la teoría económica clásica -de la llamada economía política inglesa-, contexto en el que se inscriben los fundamentos malthusianos sobre la población. El modelo demográfico de Malthus se basa en una afirmación que se le ha querido dar un valor axiomático: "la población, si no se pone obstáculos a su crecimiento, aumenta en progresión geométrica, en tanto que los alimentos necesarios al hombre lo hacen en progresión aritmética" (MALTHUS, 1982, p. 56). Evidentemente ante esta contrastación empírica -o impresionista- resulta obligado el surgimiento de obstáculos o presiones que restrinjan el crecimiento de la población. Estos obstáculos pueden ser de varios tipos: la moral estricta, la guerra, la escasez de subsistencias, pero, sobre todo, el salario. Esta magnitud económica es la que sirve de punto de apoyo para la elaboración explicativa de la dinámica demográfica por parte de los "teóricos burgueses de la población". Veamos una síntesis del mecanismo.

Debido a la acumulación del capital, la masa de salarios evoluciona al alza, provocando una ampliación de la oferta de trabajo -fase ascendente del ciclo-; al llegar un momento en el que el número de trabajadores supera la proporción de masa salarial correspondiente, los salarios comienzan a descender obstaculizando el crecimiento de la población -fase descendente del ciclo-. Con esta dinámica el sistema económico se vería favorecido si el regulador salario se mantiene a niveles de subsistencia o inferiores, no importando si parte de la población se moría de hambre al ser condición de supervivencia para el resto.

Ni que decir tiene que la teoría malthusiana tiene bases inadmisibles desde el punto de vista que aquí se viene considerando, es decir, desde planteamientos teóricos ligados al materialismo histórico, y además es portadora de un mensaje asociado a la estructura ideológica del capitalismo y progresivamente filtrado, bien en forma de neomalthusianismo, cuyos representantes "aceptaron la idea

a cerca de la fuente natural de la superpoblación y tratan de representarla de la forma más científica posible" (RUBIN, 1978, p. 39), o por medio de sutilezas del estilo de las llamadas "teorías del círculo vicioso de la miseria" -nuevo ropaje malthusiano- que tienen como objetivo "naturalizar" los problemas demográficos y desligarlos de la causalidad socioeconómica (AA. VV., 1978, p. 371). Pero fundamentalmente es inadmisibile porque las proposiciones malthusianas parten de la existencia, o mejor preexistencia, de una "ley de oferta de la población". Cuando Maltus asegura que la población aumenta en progresión geométrica... y que "en todas las sociedades se observa una presión constante hacia este aumento de la población" (1982, p. 62), nos da a entender que existen leyes de la reproducción humana que se cumplen de forma ineluctable. Esto puede ser cierto en el caso de animales y plantas, cuya reproducción está mediatizada por comportamientos biológicos, pero cuando entramos en la esfera de lo "consciente", la reproducción humana está supeditada a los procesos de reproducción de la vida material globalmente considerada, sin que se pueda desligar del cómo se produce, del modo de producción de que se trate, en definitiva. Dicho con otras palabras, lo que se pone en duda es no sólo la concepción biológica del crecimiento humano, sino también explicaciones enraizadas en el malthusianismo que hablan de determinismo demográfico, estableciendo una relación inversamente proporcional entre incremento de población y niveles de desarrollo.

En otro orden de cosas, siendo el objetivo del capitalismo la valoración constante del capital por medio de la producción de valores de uso-valores de cambio, no se pueden considerar las fluctuaciones en la acumulación del capital y las fluctuaciones en la cantidad de fuerza de trabajo como si se tratase de dos variables estructuralmente aisladas, y la explicación es bien sencilla. El proceso de reproducción de la fuerza de trabajo no se realiza independientemente del proceso de reproducción económica general. Es más, el proceso de producción de la mercancía fuerza de trabajo se realiza "como actividad del capital...", y como en la producción de otras mercancías, existe una acumulación y, por tanto, una apropiación de plusvalía..." (EQUIPOS DE ESTUDIO, 1976, pp. 12-13). Recientemente Leguina se esfuerza por demostrar lo contrario ratificándose en la afirmación de que el proceso de reproducción de la fuerza de trabajo hay que considerarlo como relativamente autónomo con respecto al proceso económico o proceso directo de producción. Argumenta a favor diciendo que en el modo de producción capitalista la finalidad primera de los procesos económicos es la creación y realización de la plusvalía, por lo que no se puede

insertar el proceso de reproducción de la fuerza de trabajo -cuyo objetivo básico sería la supervivencia del grupo social- en los procesos económicos (LEGUINA, 1975, pp.85-122 y 1981, pp. 13-15). Pero, ¿cómo puede ser posible, nos preguntamos, dentro del sistema capitalista la realización de la plusvalía, y por tanto su propia continuidad, sin el concurso garantizado del "trabajo libre", sin el control sobre la reproducción de la fuerza de trabajo? ¿Acaso capitalismo -genuinamente- no es igual a sistema económico que emplea capital para extraer plusvalía a la fuerza de trabajo en el proceso de producción?. Se apoya también el autor en una cita de Marx que ofrece cierta ambivalencia, pero que no es el caso de la siguiente: "la reproducción de la fuerza de trabajo está obligada, quiéralo o no, a someterse incesantemente al capital...; no puede desprenderse de él...; constituye en realidad uno de los factores de la reproducción del capital" (MARX, 1979, T.I, p. 518).

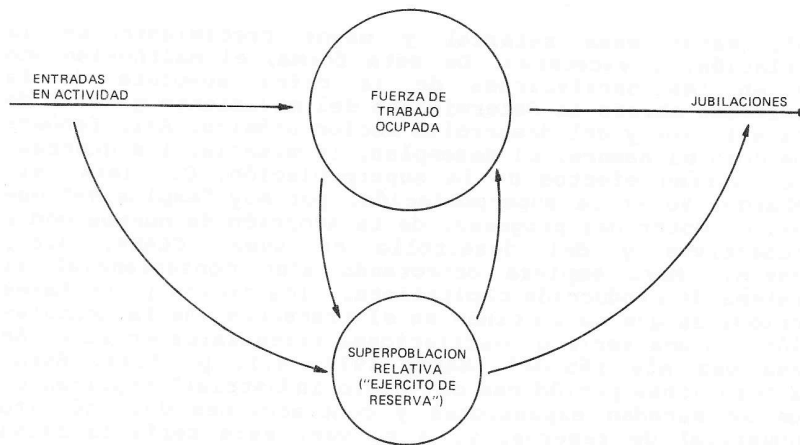
El modelo demográfico clásico-malthusiano es rebatido por Marx con fundamento en la siguiente afirmación: "al producir la acumulación del capital, la población obrera produce también, en proporciones cada vez mayores, los medios para su propio exceso relativo" (MARX, 1979, T.I, p. 534). Este exceso relativo -que lo es sólo en la medida en que se trata de mano de obra sobrante en comparación con la demanda del capital- se materializa en el llamado ejército industrial de reserva, que no es otra cosa que el mantenimiento de una tasa de superpoblación de frecuencia constante e intensidad variable a fin de evitar el alza de los salarios y las restricciones parejas al proceso de acumulación, y que tiene su origen en los cambios que el capital global experimenta en su composición cualitativa; a saber, una progresiva y continuada elevación de su composición orgánica, suponiendo una disminución relativa de su parte variable. Como la parte variable es el capital invertido en fuerza de trabajo, el proceso supone disminución de la demanda de trabajo. En contra de esta tendencia ortodoxa, -qué es la ortodoxia, sino una heterodoxia provisionalmente dominante-, se ha formulado la hipótesis de que la propensión de la composición orgánica del capital a elevarse estaría contrarrestada por la elevación del capital variable. Esta vendría determinada por la tendencia histórica al alza en el valor medio de la fuerza de trabajo, proceso al que no son ajenos los mecanismos institucionales de reproducción ampliada o de cualificación de esa fuerza de trabajo (COONTZ, 1974, p. 8).

Esta alternativa de Marx al modelo malthusiano que acabamos de sugerir se puede desglosar en los términos que siguen. Sumariamente el "dogma económico" clásico enlaza tres proposiciones básicas: a mayor acumulación de capi-

tal, mayor masa salarial y mayor crecimiento de la población, y viceversa. De esta forma, el malthusianismo ve en las oscilaciones de la cifra absoluta de la población obrera la determinante del movimiento general de los salarios y del desarrollo socioeconómico. Así, fenómenos como el hambre, el desempleo, la miseria, las guerras, etc. serían efectos de la superpoblación. C. Clark, sin embargo, ve en la superpoblación, por muy "explosiva" que sea, el motor del progreso, de la adopción de nuevos modos productivos y del desarrollo en suma (CLARK, s.f., *passim*). Marx empieza detectando algo consustancial al sistema de producción capitalista, "los ciclos y sus fases periódicas que se combinan en el transcurso de la acumulación con una serie de oscilaciones irregulares en sucesión cada vez más rápida" (MARX, 1979, T.I. p. 539). Estas "alteraciones periódicas del ciclo industrial" explican el que se sucedan expansiones y contracciones del ejército industrial de reserva, y, a su vez, esta sería la causa inmediata que regula el movimiento general de los salarios. El factor regulador no sería, pues, la cifra absoluta de población, sino la proporción oscilante en la clase obrera entre "ejército activo" y "ejército de reserva", el crecimiento y descenso del volumen relativo de la superpoblación, y ya hemos visto como esta magnitud depende de los cambios operados en la composición cualitativa del capital global. Dice finalmente Marx con una manifiesta ironía: "sería una bonita ley la que regulase la demanda y oferta de trabajo..., y que supeditase los movimientos del capital a los movimientos absolutos del censo de la población" (MARX, 1979, pp. 539-540).

De nuevo es necesario reiterar que se trata de comportamientos tendenciales y que es posible advertir desviaciones modélicas según el tiempo histórico considerado. No obstante esta precisión, es constatable como regularidad objetiva el mecanismo básico por el que se rigen los procesos de producción de fuerza de trabajo en un modo de producción capitalista. Como observaciones concluyentes podemos señalar:

- La población no es una variable independiente. Los procesos demográficos, o de reproducción de fuerza de trabajo, no se realizan al margen de la "ley de acumulación del capital". Es más, son dependientes en la medida en que la fuerza de trabajo es parte del mismo capital, es el capital variable.
- El esquema de funcionamiento del mercado de trabajo sería:



- La producción capitalista necesita para desenvolverse con soltura una sobrepoblación relativa, un ejército industrial de reserva, que las alternativas del ciclo industrial se encargan de reclutar. Es así como quedan obviados los posibles déficits de suministro de fuerza de trabajo provenientes del crecimiento natural de la población. Marx había observado que las crisis que alteran las reservas de brazos sobrantes se producen con una regularidad decenal; sin embargo, "por muy rápida que sea la producción humana -dice- siempre hará falta el intervalo de una generación para reponer los obreros adultos" (MARX, 1979, T.I, p. 536).
- En relación con la superación de estas "barreras naturales" hay que entender que se producen los procesos relacionados con el cambio de "régimen demográfico" o con la llamada "transición demográfica", y que como sabemos empieza manifestándose en las alteraciones de las pautas de mortalidad.
- Finalmente, en el modo de producción capitalista operan constantemente mecanismos de reproducción externa, o por trasbase, de fuerza de trabajo. Es imprescindible que la concurrencia de "trabajo libre" tenga la suficiente flexibilidad espacial y capacidad de ajuste para adaptarse a las exigencias del aparato productivo. En este contexto explicativo es como hay que entender los procesos migratorios cualquiera que sea su concreción espacio-temporal. Es así también como se explica el fenómeno más complejo de la urbanización, en cuanto proceso articulado en función de la reproducción de las relaciones sociales que definen el modo de produc-

ción capitalista.

Hasta ahora nos hemos centrado sobre formaciones sociales concretas y sobre modos de producción plenamente dominantes, pero como cualquier planteamiento hipotético y por consiguiente la práctica analítica pueden incluir temporalmente -más en sentido histórico que cronológico- un periodo transicional -entre modos de producción se entiende- es necesario hacer un acotamiento conceptual del terreno que en el lenguaje de la demografía analítica se denomina "transición demográfica".

IV.- SOBRE LA "TRANSICION DEMOGRAFICA"

Efectivamente, no por casualidad hemos relacionado periodo transicional entre dos modos de producción y "transición demográfica". En este contexto hay que incluir los presupuestos teóricos que nos proporcionen el modelo explicativo superador de lo que no suelen ser modelos descriptivos: los diferentes modelos propuestos de transición demográfica.

Estos se apoyan en el seguimiento a largo plazo de dos variables, la mortalidad y la fecundidad cuyos efectos encuentran respuesta en otras variables más relacionadas con la estructura demográfica. En síntesis, la transición demográfica, entendida como modelo analítico, no es otra cosa que la presentación sistemática de las inflexiones críticas observables en las variables indicadas dentro de secuencias temporales que difieren según de qué área se trate. Así se habla de un modelo europeo y de un modelo español para definir el tránsito del antiguo al nuevo régimen demográfico (NADAL, 1976, pp. 917), y a medida que se acumulan los estudios sobre colectivos más concretos se describen particularidades del modelo general clásico (ver GLASS y REVELLE, 1978, passim y ARANGO, 1980, pp. 169-198), cuyos niveles de resolución empírica se pueden concretar como sigue:

- 1.- Descenso progresivo de la mortalidad epidémica y de la ordinaria apartir del siglo XVIII, fundamentalmente por la eficacia en la lucha contra las enfermedades infecciosas, basada en las mejoras en la nutrición, en las medidas de higiene pública y en las actuaciones médicas.
- 2.- Reducción de la fecundidad como efecto sucesivo encadenado al anterior.
- 3.- Estructuralmente la población envejece al disminuir los flujos de entrada -natalidad- y retardarse los flujos de salida -incremento de la vida media y de la esperanza de vida-. Significa

aumento progresivo de las personas de más edad en términos absolutos y relativos.

- 4.- El resultado final es la tendencia a la paralización del crecimiento de la población. Se trata de un resultado final, pero téngase en cuenta que la casuística en las combinaciones de las variables en juego puede dar lugar a "crecimientos formalmente malthusianos", como por ejemplo, Europa en el siglo XIX, los países del "Tercer Mundo" en el siglo XX y EE. UU. entre 1790 y 1890, cuyos incrementos intercensales reales coinciden exactamente con las cifras de población deducibles de la aplicación del modelo malthusiano de "duplicación de la población cada 25 años" (PETERSEN, 1968, p. 26).

Evidentemente el modelo está presentado en abstracto, sin que cada pauta pueda ser asociada a secuencias temporales concretas. No es nuestro objetivo llegar a mayores especificaciones empíricas ya que el lector puede encontrarlas en la literatura más asequible sobre el tema, por ejemplo en HEER, 1973, pp. 22 y ss. y más in extenso en McKEOWN, 1978, passim).

Lo que interesa, para retomar el núcleo de la cuestión, es la formulación teórica, que ha de ser entendida como el imprescindible mecanismo interpretativo del bagaje analítico.

Como apuntábamos anteriormente, lo que se entiende por "transición demográfica" no suele superar lo que es un modelo descriptivo. Cuando se equipara a una teoría es matizando que se trata de una "teoría muy sui generis, de condición dudosa, basada en una generalización empírica... y en una descripción sintética de aparentes regularidades observadas" (ARANGO, 1980, p. 173). Algunos autores que han tratado el tema relacionan lo más evidente de la transición -el crecimiento global de la población- con el crecimiento económico. Así W. Petersen habla de tres tipos de población: preindustrial, occidental temprano y occidental moderno (PETERSEN, 1968, pp. 27-30), pautas que creemos se inspiran en las consabidas periodizaciones de la sociedad de base rostowiana y en todo su acervo ideológico. J. Arango, sincroniza los contenidos de las expresiones "crecimiento económico moderno" y "crecimiento moderno de la población" (ARANGO, 1980, p. 185). Th. McKeown, analizando el crecimiento moderno de la población desde el siglo XVIII hasta la actualidad, afirma que "algo ocurrió que condujo a una expansión mayor..." (McKEOWN, 1978, p. 187). Este "algo ocurrió" es descrito en términos de tasas o correlacionando variables y fenómenos: población, alimentación, medio ambiente, salud pública...; pero quedan sin aclarar las causas profundas que

determinan los comportamientos observados.

En definitiva, tenemos -expresado en términos estadísticos que se ajustan a la práctica analítica sobre el fenómeno "transición demográfica"-, o una descripción del comportamiento temporal de las dos variables básicas -curvas de natalidad y mortalidad-, o un análisis de correlación entre la variable población y la variable economía, pero sin trascender la mediatización estadística y cayendo en resultados tautológicos y en servidumbres ideológicas del tipo que acabamos de indicar.

En consecuencia con el contexto que venimos haciendo explícito, la comprensión del fenómeno de la "transición demográfica" hay que buscarla en los modos de producción. Es una reiteración, pero sirva como refresco que aquí se está sosteniendo como argumentación teórica nuclear que el cómo se produce la vida material explica en última instancia el desarrollo global de la sociedad y, por tanto, los procesos demográficos.

Pues bien, el cambio de régimen demográfico, del antiguo al moderno, se explica por el cambio del modo de producción feudal, o alguna de sus derivaciones epigónicas, al modo de producción capitalista. De esta forma, los comportamientos demográficos observables y catalogados analíticamente como "transición demográfica" encontrarían su explicación en las condiciones en las que se lleva a cabo la producción material dentro del período transicional entre los dos modos de producción indicados. Más concretamente, el nuevo régimen demográfico responde al desarrollo de las fuerzas productivas y relaciones de producción que hacen posible hablar de un nuevo modo de producción, el capitalista.

Estamos, pues, ante la realidad de que existe un período transicional, pero el problema estriba en ver como se puede "acotar teóricamente". Es evidente que si podemos llegar a una teoría general del período transicional es porque existe una estructura o proceso general de transformación. Pero si esto es así, en la propia teoría estarían especificados los procesos de cambio, lo que supone -y esto es ya demasiado suponer- prejuzgar los resultados del dinamismo de la lucha de clases, o lo que es lo mismo, ignorarla. Esta es la posición que parecen mantener los althuserianos y en consecuencia Balibar habla de un modo de producción transicional -"las formas de transición -dice- son en sí mismas, necesariamente modos de producción"-, modo de producción de tipo 2, diferenciado del no transicional porque en éste si hay correspondencia entre relaciones de producción y fuerzas productivas (ALTUSSER y BALIBAR, 1974, pp. 328 y ss.). Ni que decir tiene que esto supone pensar en una evolución lineal -modo

de producción de tipo 1, de tipo 2, de tipo 1,.....- y asumir una concepción de la historia idealista y teleológica -al tipo 1 le sucede el 2, y así sucesiva y necesariamente-.

Desde otras posiciones se enfoca la transición en términos de coyuntura y teniendo como protagonista la lucha de clases. La llamada coyuntura transicional sería "una forma específica de las condiciones de la lucha de clases en una formación social dominada por un determinado modo de producción", y estaría en función de determinadas condiciones reales -de una causación material- bajo las cuales se lleva a cabo la lucha de clases, y en función de las fuerzas que pueden apoyarla... (HINDESS y HIRST, 1979, pp. 282 y ss.). Bajo esta perspectiva, un modo de producción, aunque lleve en sí el principio de la contradicción, no tiene porque destruirse necesariamente, como afirma Vilar (VILAR, 1975, pp.34-35) y parecen sugerir los althusserianos; todo depende de las condiciones reales de fuerza en la lucha de clases, cuyos resultados son imprevisibles.

Estas condiciones y relaciones han sido analizadas con agudeza en una visión globalizadora por P. Kriedte, al estudiar la evolución económica europea entre los siglos XVI y XVIII en su trabajo Feudalismo tardío y capital mercantil (KRIEDTE, 1982). Como elementos visibles de la transición, Kriedte insiste en el proceso de capitalización en forma de capitalismo agrario disolvente del modo de producción feudal. De forma más específica, la dinámica del modo de producción feudal se expresaba en oscilaciones seculares de la economía agraria, originando procesos de desacumulación, lo que daba lugar, a su vez, a la existencia de condiciones de modificación interna según la relación de fuerzas de clase y la intervención del Estado. Otra razón aducida por este autor es la llamada protoindustrialización, al trasladar el capital mercantil la producción al campo. De esta forma se produce un doble efecto: el capital logra su propia acumulación a la vez que erosiona el sistema feudal. La Revolución Francesa y sus efectos inferidos a toda Europa serían el punto referencial para reformar las bases institucionales desacordes con los procesos anteriores. Con base en estas formas germinales del modo de producción capitalista se llega al último estadio de la transición, a la industria fabril. Ya podemos hablar, pues, de relaciones de producción plenamente capitalistas, de liberación de factores de producción, especialmente el factor trabajo, y de una infraestructura productiva ad hoc.

Pero fundamentalmente se trata de especificar comportamientos relacionados con el factor trabajo. En este sentido resulta incontrovertible que la revolución indus-

trial supuso una inversión masiva de fuerza de trabajo, previa demanda evidentemente. No menos evidente resulta la necesidad de una oferta de fuerza de trabajo cuya tasa de expansión sea lo suficientemente abundante y elástica como para poder adaptarse en el tiempo y en el espacio a los requerimientos de la nueva actividad productiva. Esta oferta se obtiene por el proceso tradicional de reproducción externa de fuerza de trabajo; a saber, por un proceso migratorio, o como describe Ph.Deane porque "la gente fue abandonando la industria doméstica -la protoindustrialización de la que habla Kriedte-, que era una actividad marginal de los agricultores, y se fue incorporando al trabajo en las factorías y en los talleres" (DEANE, 1977, p. 159).

Así pues se han sugerido dos procesos en la relación fuerza de trabajo-capital para un período que hemos calificado de transicional. En una primera fase el capital comercial busca su reciclaje trasladando la producción al campo y utilizando la fuerza de trabajo excedente, al estar el trabajo agrícola sometido a ritmos diferentes en intensidad, muy mediatizados por la estacionalidad de la producción agraria. En consecuencia, las horas de trabajo excedente son empleadas en actividades complementarias -la artesanía doméstica- y en actividades dirigidas por empresarios titulares del capital comercial, que se comportan como tal "desde el momento en que intervienen en la producción de los bienes que posteriormente intercambian", según especifica Baechler (BAECHLER, 1976, pp. 127 y 143).

Una vez que esta reserva de trabajo in situ se revela insuficiente comienzan a ponerse en marcha los mecanismos de "liberación" de fuerza de trabajo -expropiaciones, expulsiones, reducción a mendicidad, etc.- necesarios para la reproducción del capital, pero ya de un capital industrial y en el marco de unas relaciones de producción plenamente capitalistas. Proceso al que no son ajenas determinadas intervenciones del Estado que irían orientadas a controlar las fluctuaciones del mercado de trabajo. Por ejemplo, Dobb se hace eco de la conexión existente entre las variaciones del mercado de trabajo y la actitud del Estado -más o menos humanitaria- frente al castigo del crimen, en función de la mayor o menor necesidad del trabajo de los penados (DOBB, 1982, p. 38). En este sentido, sabemos como las "leyes de pobres" inglesas, reprobadas por Malthus por favorecer el empobrecimiento, encarecer las subsistencias y gravar los "presupuestos públicos", se encuadran dentro de una función asistencial pública para mantener el mínimo biológico de subsistencia de una parte de la clase obrera de cuya fuerza de trabajo no se puede prescindir o es aconsejable mantener. El mismo Malthus lo testimonia directamente: "las leyes de benefi-

cencia inglesas -dice- han contribuido a rebajar el precio del trabajo..., y a empobrecer a esa clase de la población que no posee más que su trabajo" (MALTHUS, 1982, pp.-95-97).

Como procesos colaterales al de la reproducción externa de la fuerza de trabajo se producen las alteraciones de los mecanismos de producción interna -fundamentalmente, como vimos, de la fecundidad y mortalidad-, causantes de la aceleración de los ritmos de crecimiento de la población globalmente considerada.

A la vista de las apreciaciones precedentes se entiende que el fenómeno de la "transición demográfica" es paralelo y dependiente de las condiciones de producción de la vida material en el período transicional entre el modo de producción feudal y el modo de producción capitalista. Es notorio que el planteamiento difiere de aquellos que presentan a la población como variable independiente, capaz de inducir efectos tan relevantes como la propia revolución industrial.

En conclusión, no podemos hablar de una teoría como tal ajustada al período de transición entre dos modos de producción, ya que ello supondría prefijar lo imprevisible: el resultado de la dinámica en la relación de fuerzas opuestas en un modo de producción, o lo que es lo mismo, el resultado de la lucha de clases. Pero sí podemos reconstruir a posteriori, históricamente, las pautas concretas de transición del modo de producción feudal al modo de producción capitalista, con especificación de los comportamientos demográficos asociados y dependientes.

V.- PROPOSICIONES SUMARIAS

1.- Superada toda opción puramente descriptiva, aunque sea de forma numérica, en relación con el objeto de la demografía, hay que plantearse ésta como el estudio de las estructuras y los procesos de reproducción de la fuerza de trabajo. Reproducción que entendemos inmersa en la dinámica de las fuerzas productivas, y, en suma, en el desarrollo de la vida material de la sociedad.

2.- El modo de producción -el cómo se produce la vida material en cada totalidad histórica-, en cuanto "combinación articulada de relaciones de producción y de fuerzas productivas, cuya estructuración se produce bajo el predominio de las primeras", será el determinante de los procesos de reproducción de la fuerza de trabajo.

3.- Es obvio, por tanto, que la población está subordinada a las leyes del desarrollo de la sociedad. No es una variable independiente. Especialmente el modo de produc-

ción capitalista subordina a sus objetivos el desarrollo de las fuerzas productivas, y no al revés. Ya hablamos de la no supeditación de los movimientos del capital a los movimientos del censo de la población. Mantenemos la tesis de la supeditación de los procesos de reproducción de la fuerza de trabajo al proceso de reproducción económica general. La supervivencia y la reproducción de la fuerza del trabajo no es posible en un modo de producción capitalista si previamente no ha participado en un proceso productivo que tiene como finalidad transformar un capital productivo en capital-mercancías, o lo que es lo mismo, si no ha participado en los circuitos de valoración o reproducción ampliada del capital.

4.- La producción de fuerza de trabajo para cubrir la demanda del capital se realiza por dos vías. La reproducción interna, dependiente de factores fisiológicos, de una dinámica natural. Pero también desde un punto de vista cualitativo, ligada a factores institucionales como es el caso de los sistemas educativos, estructurados en función de la cualificación profesional o del "relleno" de cada soporte físico con cantidades variables de fuerza de trabajo, aparte evidentemente de otras finalidades de carácter socio-político e ideológico relacionadas con la globalización de actitudes y comportamientos que no desdigan de los objetivos propuestos por el modelo de organización social vigente en orden a su reproducción. El capitalismo en su dinámica expansiva ha necesitado constantemente recurrir a la reproducción externa de fuerza de trabajo. Fue condición sine qua non para el despliegue de la revolución industrial el concurso de contingentes variables de fuerza de trabajo "liberada" de la producción artesanal y de la pequeña producción primaria. Actualmente se puede hablar de un mercado mundial que exporta-importa fuerza de trabajo allí donde es conveniente en momentos y para propósitos concretos, como uno de los rasgos definitorios de lo que Castells llama el "nuevo modelo espacial de la élite capitalista-tecnocrática" (CASTELLS, 1982, p. 8). Los movimientos migratorios, como subconjunto del proceso demográfico general, han de ser considerados en todas sus variantes como mecanismos de reproducción externa de fuerza de trabajo, explicados por la ley general de acumulación del capitalismo y los "efectos de arrastre espacial" que genera. En este sentido hay que valorar las elaboraciones teóricas que sobre el particular han hecho Cardelús y Pascual y Fernández de Castro, relacionando la movilidad y los procesos de ajuste de la fuerza de trabajo con la reproducción y polarización del capital (CARDELÚS/PASCUAL, 1979, pp. 9-55 y FERNÁNDEZ DE CASTRO, 1973, pp. 59-83).

.- Finalmente, lo que en términos descriptivos o analíti-

ces se conoce por "transición demográfica", tendría su encaje explicativo en fenómenos de transición más generales, relacionados con la aparición de nuevas relaciones de producción. En este sentido, difícilmente podríamos entender los procesos de cambio de régimen demográfico durante los dos últimos siglos si hacemos abstracción de las necesidades de fuerza de trabajo para la reproducción del modo de producción capitalista.

Universidad de León.

(*) Este trabajo se incluye dentro de los planteamientos teóricos de la Tesis Doctoral que prepara el autor, una de cuyas partes se refiere al significado que la reproducción de fuerza de trabajo tiene en la construcción de la ciudad.

BIBLIOGRAFIA CITADA

- ALTHUSSER, L. y BALIBAR, E. (1974): Para leer el capital, Madrid, Siglo XXI.
- ALVAREZ MORA, A. (1975): "Propuesta para un análisis histórico de la ciudad", Ciudad y Territorio, Nº. 3. 1975, pp. 67-78.
- ARANGO, J. (1980): "La teoría de la transición demográfica y la experiencia histórica", Revista Española de Investigaciones Sociológicas, Nº. 10, 1980, pp. 169-198.
- AUTORES VARIOS (AA. VV.) (1978): Teoría de la población, Moscú, Ed. Progreso.
- BAECHLER, J. (1976): Los orígenes del capitalismo, Barcelona, Ed. Península.
- BEHAR, L. (1974): "Superpopulation relative et reproduction de la force de travail", La Pensée, Nº. 176, 1974, pp. 9-29.
- BEHAR, L. (1976): "Loi de population et science demographique", La Pensée, Nº. 186, 1976, pp. 3-26.
- BOIS, G. (1979): Crise de Feodalisme. Economie rural en Normandie Oriental du debut du 14e siècle ou milieu du 16e siècle. París. 1976 (citado en PASTOR, 1979).
- CAPEL, H. (1981): Filosofía y ciencia en la Geografía contemporánea, Barcelona, Barcanova.

- CARDELUS, J. y PASCUAL, A. (1979): Movimientos migratorios y organización social, Barcelona, Península.
- CASTELLS, M. (1973): Problemas de investigación en Sociología Urbana, Madrid, Siglo XXI.
- CASTELLS, M. (1982): "Hipótesis para la gestión de las nuevas relaciones históricas entre economía, sociedad y territorio" (1), CEUMT, Nº. 55, 1982, pp. 5-13.
- CLARK, C. (s.f.): El mito de la superpoblación, Caracas, Monte Avila, Editores.
- COONZ, S.H. (1974): Torías de la población y su interpretación económica, México, Fondo de Cultura Económica.
- DEANE, Ph. (1977): La revolución industrial, Barcelona, Península.
- DOBB, M. (1982): Estudios sobre el desarrollo del capitalismo, Madrid, Siglo XXI.
- ENGELS, F. (1981): El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado, Madrid, Fundamentos.
- EQUIPOS DE ESTUDIO, (1976): El hombre mercancía. La familia, la enseñanza y el consumo en la reproducción de fuerza de trabajo, Madrid, Elías Querejeta Ediciones.
- FERNANDEZ DE CASTRO, I. (1973): La fuerza de trabajo en España, Madrid, Edicusa.
- FOURQUET, F. y MOURARD, L. (1978): Los equipamientos del poder, Barcelona, Gustavo Gili.
- GLASS, D.V. y REVELLE, R. (1978): Población y cambio social, Madrid, Tecnos.
- GOMEZ MENDOZA, J. et AL. (1982): El pensamiento geográfico, Madrid, Alianza Universitaria Textos.
- HARNECKER, M. (1982): Los conceptos elementales del materialismo histórico, Madrid, Siglo XXI.
- HEER, D.M. (1973): Sociedad y población, México, Ed. Trillas.
- HENRY, L. (1976): Demografía, Barcelona, Ariel.
- HINDESS, B. y HIRST, P.O. (1979): Los modos de producción precapitalistas, Barcelona, Península.
- KONSTANTINOV, F.V. (1978): El materialismo histórico, Barcelona, Grijalbo.
- KORSCH, K. (1975): Concepción materialista de la historia, Madrid, Zero.
- KRIEDTE, P. (1982): Feudalismo tardío y capital mercantil, Barcelona, Crítica.
- LEGUINA, J. (1973): Fundamentos de demografía, Madrid, Siglo XXI, 1ª. edic.

- LEGUINA, J. (1975): La ley de población en Marx y la reproducción de la fuerza de trabajo", Zona Abierta, Nº. 4, 1975, pp. 85-122.
- LEGUINA, J. (1981): Fundamentos de demografía, Madrid, Siglo XXI, 3ª. edic. revi.
- MALTHUS, R. (1982): Primer ensayo sobre la población, Madrid, Alianza Editor.
- MANDEL, E. (1979): Introducción al marxismo, Madrid, Akal Editor.
- MARTIN RODRIGUEZ, M. (1984): Pensamiento económico español sobre la población, Madrid, Pirámide.
- MARX, C. (1979): El capital. Crítica de la economía política, T. I., México, Fondo de Cultura Económica.
- McKEOWN, Th. (1978): El crecimiento moderno de la población, Barcelona, Antoni Bosch.
- MENAHÉM, G. (1979): "Les mutations de la famille et les modes de reproduction de la force du travail", L' Homme et la Societé, Nº. 51-54, 1979, pp. 63-101.
- MOUCHEZ, Ph. (1966): Demografía, Barcelona, Labor.
- NADAL, J. (1976): La población española. Siglos XVI-XX, Barcelona, Ariel.
- PASTOR, R. (1979): "Demografía y modo de producción feudal: acerca de las posiciones de la historiografía actual sobre el problema (1ª parte)", Revista Internacional de Sociología, Nº. 29, 1979, pp. 7-23.
- PETERSEN, W. (1968): La población. Un análisis actual, Madrid, Tecnos.
- PRESSAT, R. (1983): El análisis demográfico, México, Fondo de Cultura Económica.
- ROSIER, B. (1978): Crecimiento y crisis capitalistas, Barcelona, Labor.
- RUBIN, J. (1978): Teorías de población, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.
- SANCHEZ, J.E. (1981): La Geografía y el espacio social del poder, Barcelona, Los Libros de la Frontera.
- SAUVY, A. (1968): Límites de la vida humana, Barcelona, Ediciones de Occidente.
- SMULEVICH, B. Ia. (1971): Críticas de las teorías y la política burguesa de la población, Santiago de Chile, CEDADE (citado por Leguina 1975).
- TERRAIL, J.P. (1975): "Population et modo de production", La Pensée, Nº. 186, 1976, pp. 3-26.
- VILAR, P. (1975): Historia marxista, historia en construcción. Ensayo de diálogo con Althusser, Barcelona, Anagrama.